



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLIII

Zaragoza, 6 de Junio de 1941

Núm. 954

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica (por ahora) los primeros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º dcha.

SALUDO A FRANCO !! ARRIBA ESPAÑA !!

una efusión incesante de amor infinito.

No es extraño que las muchedumbres le siguieran por todas partes.

Por las ciudades y los pueblos, por los campos y los montes, por los resiertos, por el lago...

No se contentaban con seguirle; le cercaban, le oprimían hasta no dejarle andar.

Jesús era el Maestro de sabiduría infinita que enseñaba lo que nadie había oído; doctrina nueva, llena de claridades y de hermosura; llena sobre todo de esperanza y de alegría; sabiduría popular que penetraba en lo íntimo de las almas sencillas.

El había dicho en la sinagoga de Cafarnaúm: "Me ha enviado (mi Padre) a evangelizar a los pobres".

Jesús era todo ternura para los humildes.

Los pobres, los desgraciados, los pecadores sobre todo.

Estos seres que nadie quería, que jamás encontraban una mirada de interés y menos de compasión y amor eran los predilectos de Jesús.

En un mundo de miserias y pecados, de ambiciones y envidias, de rencores y venganzas, de luchas, de ansiedades de placer y de egoísmo, en ese mundo se atrevía a hablar del amor y hacía de él el fundamento y vida del alma.

"Amaos unos a otros como Yo os he amado".

"Amad a los enemigos".

¿Cómo se podía entender semejante doctrina?

"En esto se conocerán mis discípulos, en que se amarán los unos a los otros".

Quería formar un mundo nuevo, sublime, un mundo transformado por el amor.

No será sólo el amor entre los hombres. Los hombres han de amar a Dios sobre todas las cosas.

Dios el primero.

Dios sobre todo.

Dios siempre y en todas las cosas.

Nos asegura Jesús que Dios se ocupa de nosotros, que cuida de nuestra vida, de nuestro alimento... hasta de un cabello de nuestra cabeza.

Dios nos ama;

Dios es nuestro Padre...

¿Cómo pudo escuchar el mundo esta revelación sin morir de felicidad?

El Reino de Dios era una invasión divina, una penetración de Dios en las almas, una divinización, podemos decir, del mundo.

Los apóstoles tuvieron que sentir emociones sublimes y continuas.

Aquella intimidad de vida con el Maestro les hacía vivir en una especie de irradiación divina más intensa.

Cuando celebraron la última pascua asistieron a la institución del Sacramento del Amor.

Jesús nos dejó su Cuerpo y Sangre, su Alma, su Divinidad en la Sagrada Hostia.

Así satisfacía sus ansias de penetración divina.

El Cuerpo de Cristo

La vida pública de Jesús fué una expresión continua del poder de Dios.

Las gentes se quedaban asombradas ante los milagros que hacía y exclamaban: "Jamás se ha visto cosa igual en Israel".

Y cuando escuchaban sus parábolas o sus pláticas, embelesados por aquella doctrina, no podían contener su entusiasmo y decían: "Nadie ha hablado como este hombre".

Fué sobre todo la vida de Jesús

Un ejemplar 2 pts. al año; 10 ejemplares 10 pts.; 100 ejemplares 100 pts.

Cuarta página, con original propio para Parroquias, Asociaciones, etc. Pídanse precios y muestras

Ayuntamiento de Madrid

Así sería alimento sobrenatural del Alma.

Así daría la vida al alma para que pudieran decir como San Pablo: "Vivo yo, mas no yo sino Cristo es quien vive en mí".

Así vendrían El y su Padre y harían en ella su casa...

¡Qué grandeza!

¿Es posible que vivamos envueltos y penetrados de esta vida?

¿Cómo lo olvidamos?

¿Cómo no se afanan los hombres por vivir esta vida?

¿Cómo no somos santos?

La Iglesia quiere que dediquemos un día, una semana a conmemorar esta institución divina.

Es preciso el mayor esplendor del culto.

Es preciso pasear a Jesús por las calles como Rey y Señor de todo.

Es preciso acompañarle con la mayor reverencia.

Día de desahogar nuestra alegría, nuestra lealtad y gratitud.

Día de fervor.

Día principalmente de comulgar con la mayor limpieza espiritual, de recordar este Pan, de vivir sobre todo de ese Pan del Cielo.

TOMAS

EL CORAZON DE CRISIO

¡Dulce Jesús mío!
¿Cómo eres así?
Con el pecho abierto
no puedes vivir.

¿Qué es lo que pretendes
con tu Corazón?
¿Mostrarte a los hombres
muriendo de amor?

Hiciste este mundo
tan grande y tan bello
y lo diste al hombre
haciéndole el dueño.

El hombre es muy malo,
a tu ley rebelde,
y no te hace caso
aunque te encoleres.

Hundido en el fango
arrastra su vida
sin poder limpiarse
la culpa maldita.

¿Y no te da asco
Jesús, tanta infamia?

¿Cómo no escarmentas?
¿Cómo no te cansas?

Tu empeño es llevarnos
a todos al cielo
y hacernos dichosos
por siglos eternos.

Has venido al mundo
y Te hiciste hombre.
¿No te da vergüenza
parecer tan pobre?

Viviste en la tierra
haciendo milagros
y enseñando a todos
los buenos y malos.

Nos diste tu vida
en la cruz muriendo;
nos diste en la Hostia
tu Sangre y tu Cuerpo.

¿Qué locura es esta?
¿Quién soñarlo pudo,
dar vida al malvado
muriendo el Justo?

Te subiste al Cielo,
que es tu propia casa,
a gozar por siempre
la dicha increada.

¿No estás aún contento?
¿Qué te preocupa?
Miras a tus hijos
que no olvidas nunca.

Quieres que se enteren
que eres Tú su Padre;
que eres todo Amor
y quieres que te amen.

Que jamás se olviden
de tu amor eterno;
que vean tan sólo
ese pecho abierto.

Con un Corazón
que arde sin cesar
y enciende en las almas
amor celestial.

MARIANO.



TRIBUNAL BARATO

—Oye, Macario, ¿de quién es esa muleta que hay en el pasillo?

—De un servidor de usted.

—Pensaba si la habría dejado alguno. ¿Qué te vas de viaje?

—Sí señor.

—¿Y así, sin más?

—Ya se lo pensaba decir, pero...

—Te daba reparo.

—Eso mismo.

—Y te ibas sin decir nada y sin

pedir permiso... No te entiendo. Tantos años como llevas en este Tribunal y haces cosas tan raras, que parece como si hubieras venido hace unos días; procedes sin atención ni consideración ninguna. ¿Es que no estás a gusto y—al cabo de los años—te quieres marchar y dejarnos plantados?

—No señor, no; yo no he pensau nunca en marchame; es decir, he pen-

sau en marchame según y conforme; quí icise que no he pensau en marchame pa no golver; pero he pensau en marchame pa golver dempués de una temporada.
—¡Ah, ya!; querías marcharte para volver. ¿Y cuánto te piensas estar fuera? Y desde luego, a dónde te vas y qué plan es el tuyo? Me disgusta que lleves las cosas tan reservadas; vas a escondidas como si comprendieras que haces una cosa mala.
—Me voy a ir a San Sebastián, pa veraniar un par de mesecicos, qui hace ya muchos años que no voy y no quí tardar más. Allí se pasa mu bien, como en el cielo puá ser. A to la gente joven nos gusta viajar y pasalo bien.
—No sé qué ilusiones tan necias te haces. Tú no eres joven. Comprendo que te guste San Sebastián, porque es muy hermoso; el mar, la playa, la montaña... un conjunto de maravillas de belleza sublime...
—A mí todo eso mimporta mu poco. He visto el mar ques, sí, mu grande; ancho, ancho y siempre lo mesmo; ascape me giré a utro lau; y ahura será lo mesmo; y tanta agua y no vale pa beber. Y el monte quice usted, masiau quí andau pol monte con el ganau, esgarrándome la ropa entre los romeros y las allagas... Lo quihacen los que van allí, a devantasen tarde como unos señores, a no trebajar, a comer bien, güenas magras y güena longaniza y güenos tragos de vino y dabe güena vida como un señor... y todo dau.

—Es mucha pena la que me das. No te ocurre más que lo que pueden pensar los desgraciados mundanos. Pensaba que querías tomar baños...

—No quí Dios. Una vez me bañé y a poco mahugo. Me se metió sin querer en la boca una mija de agua—que no la prebo aunque sea de la fuente el Olivar de mi pueblo, ques la mejor—; no he bebido cosa más mala; paice questá corrompida, de tantos muertos como tiran al mar y los pescaus muertos; paice icen agua del mar; no sé cómo no eché las tripas. Dende entonces ya no mi he bañau más; remojase uno por dentro con güen trago e vino, queso lo cura todo.

—Eres un pobre desgraciado. Has mas como hablaría una pobre bestia. Así te atreves a comparar con el cielo

esos placeres mezquinos. Si no fuera por tu ignorancia sería una blasfemia. El cielo es la felicidad perfecta y eterna que nos da la alegría infinita de ver a Dios. Ese es nuestro atractivo y nuestro consuelo y nuestro sostén. Aquí, ser buenos, hacer todo el bien que se pueda y amar a Dios con toda nuestra alma. Llevas muchos años comulgando diariamente y es lástima que no adelantes más en la piedad. Eres, ciertamente, mejor de lo que pareces. Cualquiera que te ciga te tendrá por un ser grosero y sin fondo religioso; y es que hablas lo que te ocurre, a veces recordando cosas lejanas. Has de pensar y hablar más de Dios, de la Sagrada Comunión, de la oración... ¿Por qué no piensas, ahora que te vas, en hacer propaganda de vida cristiana, de lecturas piadosas, animando a los demás a la virtud? Llévate unos libros del Mago y distribúyelos; la gente se entretiene y aprende. Si los lees tú en la playa o en el campo verás cómo hacen corro para oírte y les gustará. Muchas gentes que se van habrían de pensar en el bien que pueden hacer llevando a todas partes el fervor cristiano; nutriendo los coros de los "jueves" o animando la comunión; dedicando más tiempo a la piedad, haciéndolo todo mejor ya que hay menos ocupaciones; de un modo especial leyendo algún libro que en el año no hay tiempo y reposo para leer; el verano había de ser un tiempo de reparación de la salud pero también de intensa formación espiritual. Tú puedes ayudar a misa, cantar—aunque sea en voz baja—, ayudar a la doctrina, a la limpieza de la iglesia... Y en fin de cuentas, ¿cuándo te marchas?

—No lo sé aún.

—¿Y para eso preparas la maleta en la puerta?

—Es por prevenirme, pa que no me pase lo del otro año. Pa si alguna señora u mujer u lo que sea, u hombre u señor me convida para veraniar coge la palabra ascape pa que no se güelva atrás y me salga con escusas.

—Ya me extrañaba a mí una invitación tan generosa. Recoge la maleta y no seas necio; no caviles con esas cosas ni tengas sueños de ambiciones locas, que eso es lo que ha perdido a todos los hombres. Todos los años veraneamos aquí tan ricamente sin molestias de viaje. Todos los días tienes buena comida y abundante; acuérdate del plato de farinetas tan ricas que te has comido, que era imponente. No pienses, pues, en salir a ningún sitio.

—¿Pero y si venía alguna señora güena y me quería convidar?

—Bien; te vas y si te quieren hacer emperador de la China, también; pero llévate unos tomos de "El Mago" y propaga allí la Comunión y EL ECO DE LA CRUZ, que allí ni lo co-

nocen. Entre tanto ve a ver si hay alguno esperando.

—Tilín, tilín...

—¿Da usted su premiso?

—Adelante.

—Güenos días tenga usted, señor Mago. Tenía muchas ganas de verlo; soy ya mu viejica y cuasi no salgo de casa, pero himos venido a Zaragoza y hi querido hacele una vesita a usted; que usted como es también viejico me gusta más hablar con los viejos; porque la gente joven no nos hacen caso; que ahura todo si hace de otra manera y los viejos no valemos pa nada, y en tos puestos estorbamos. Miusté, no sé si pecaré, pero le pido a Nuestro Señor que me se lleve, porque pa qué himos de vivir? Si no da ganas de vivir con lo que estás viendo; y luego que no tacompañá la salú. Cuando yo era joven...

—¿Padece usted mucho?

—Miusté, tengo que dar gracias a Dios, que me da más que merezgo; porque la salú no pué ser como de veinte años y no me falta qué comer; y me se portan bien los hijos...

—Pues entonces ¿de qué se queja? Los achaques y molestias de la vida los debemos soportar con paciencia y aceptar la cruz que Dios nos envía. No tiene usted motivos para quejarse. El pedir a Dios que se la lleve al Cielo no es pecado; ese es nuestro destino y hemos de ser buenos para alcanzarlo. Debíeramos pensar más en el cielo; como los santos, y ese pensamiento nos llenaría de paz y embalsamaría nuestra vida, sobre todo en los años de la vejez, que suelen ser penosos, los suaviza y alegra la vista anticipada del cielo.

—Es verdá, es verdá; ya nos lo dice el señor Cura; pero paice que está una triste de ver lo que pasa; luego no t'hacen caso de nada quices; las nietas paice que te se rien de too. Son güenas y mu rezaderas, pero no les pués dicir nada. ¡Qué diferencia de su agüela! Mal mestá dicilo. Entonces ibamos todas con sayas largas, cuasi arrastrando y lo mesmo las mangas y el cuello; cuando ibas a misa to la vida la mantilla bien tapada la cabeza y cuasi la cara, como si no quisiás que te viera naide más que Nuestro Señor. Ahura, es una ververgüenza, lo mesmo en los pueblos que en la ceudá; que ahura llega too ascape a los pueblos y van como aquí. Yo, asco me dá de velas, y son güenas; pero en mi tiempo no iban así ni las mujeres malas. Y no les pués dicir nada. Y van solas a toos los puestos y solas con los novios... en fin, le digo a usted que no sé qué es esto.

—Comprendo bien la preocupación de usted; lo que no comprendo es la despreocupación de las jóvenes y de los padres. Creíamos y teníamos derecho a pensar en que después de ganada la guerra por Dios y por la Pa-

tria se difundiría un ambiente de religiosidad desconocida. Es cierto que hemos ganado mucho en la enseñanza, en la prensa, en la radio, en las organizaciones... en la misma piedad; pero es preciso no dejar ningún resquicio al mal y es muy lamentable lo que ocurre con las costumbres y sobre todo con las modas. La mujer ha sido la vanguardia de la sociedad cristiana y el honor y gloria del Cristianismo, por su virtud, sobre todo por su pureza, que ha tenido siempre como el timbre de su mayor gloria. Ahora no es la hija reverente de la Iglesia, ni parece que estima ni entiende la hermosura y alteza del recato. No son ya—bien triste es decirlo—el orgullo de la Iglesia. A tal punto ha llegado que se ha hecho preciso la intervención de la autoridad civil, que para poner freno y encauzar el mal amenaza con sanciones graves a los deshonestos. No confundimos a todas las mujeres en este último plano, pero es cierto que son pocas las que tienen la fortaleza cristiana de renunciar con asco a los atractivos en boga y se conducen de modo que se vea que ponen el recato cristiano por encima de todas las preocupaciones y peligros. Aplaudimos con entusiasmo al excelentísimo señor Jefe de Seguridad y pedimos al Señor le conceda una cooperación debida en todos sus subordinados. Los cristianos no debieran esperar ni temer otras órdenes que las de Dios.

EL MAGO

.....
La Bruja Blanca. — Preciosa novela, obra cumbre del Muy Ilustre Sr. D. Juan Buj, Fundador de EL ECO DE LA CRUZ. Dos tomos en un volumen, 250 ptas.

Una carta edificante

Hemos recibido una carta sin firma, y cuya procedencia desconocemos, que dice:

"Sr. Director de EL ECO DE LA CRUZ.

Muy señor mío. Leyendo el número correspondiente al 2 de mayo actual el artículo titulado "El sastre Campillo, reconociéndome con más culpas que "Un pecador arrepentido", decido aceptar y seguir el camino que él se trazó.

Ruego a usted invierta esas 200 pesetas a mayor honra y gloria de Dios y salvación de esta familia.

Arrepentimiento y perdón."

Damos gracias al anónimo donante y a Dios porque se ha servido despertar en esa alma una resolución santa de vuelta a su casa por medio de su ECO DE LA CRUZ.

Invertiremos esas 200 pesetas en enviar suscripciones gratuitas, paquetes de propaganda y libros de nuestra "Biblioteca".

UNA MIRADA A LA TIERRA

Una fábrica de azúcar

Una de las características de nuestra época es las maravillas de la técnica. Ahora se sabe hacer muchas cosas y se producen en cantidades asombrosas. La producción es enorme en cualquier orden que se considere. La maquinaria y la técnica, utilizando cantidades fabulosas de energía, ha llenado el mundo de fábricas que inundan los mercados de los más variados productos, que son riqueza y bienestar para el hombre.

Vamos a penetrar en una de estas fábricas, en una fábrica de azúcar y veamos, aunque sólo sea de un vistazo rápido, lo que puede observar un hombre cualquiera sin una cultura especial.

Lo primero que vemos es el conjunto gigantesco de la fábrica, amplias naves, grandes extensiones descubiertas para el acceso, acarreo, depósitos de remolacha que se acumula sabía y previsivamente. Dentro un trajín enorme de maquinarias ordenadas en afán incesante y un ejército de obreros y técnicos que se mueven sin cesar, vigilando el funcionamiento de los aparatos, transportando, entrando, saliendo.

Primero lavan la remolacha, la cortan en tiras finas, la introducen en calderas de agua caliente y allí se disuelve el azúcar, que queda en el agua. Ya está insípida la remolacha y se la separa del agua azucarada; esta agua se decolora y filtra y se condensa en grandes calderas para evaporar el agua a fin de que quede sólo el azúcar; luego se cristaliza el azúcar y por medio de las centrifugadoras se separa de la melaza y queda solo y limpio el azúcar. Ya no resta sino recoger el producto, blanco y rico, envasarlo, pesarlo, almacenarlo y transportarlo.

¿Habéis visto qué enorme cantidad de trabajo? ¿Habéis observado cuánto esfuerzo del hombre y cuánta energía (vapor, electricidad, fuerza hidráulica...) para la más insignificante transformación? La fábrica parece un gran organismo en que cada máquina, cada hombre se mueve ordenadamente y entre todos contribuyen incesantemente a aquella producción continua. Una inteligencia grande y muy cultivada preside todo aquel conjunto y ordena en las distintas secciones una labor y una previsión muy larga y complicada: contratos con los cultivadores, provisión de semillas, transportes, básculas, oficinas de contabilidad, laboratorios químicos, talleres mecánicos... asombra tanta complicación...; y todo funciona admirablemente.

Pues bien; eso, en realidad, no es una fábrica de azúcar. La fábrica no hace el azúcar; el azúcar está ya hecho en la remolacha. El hombre

no sabe hacer azúcar; no hace más que separarlo de la remolacha.

Y lo mismo, podemos decir de tantas fábricas como el hombre se ufana de crear: aceite, harina, carbón... Aun las que hacen un producto nuevo es frecuentemente de una sencillez sorprendente y que sin embargo exige una serie de manipulaciones muy laboriosas y aparatos complicados. El hombre procede de un modo rudo y sucio. Las fábricas deben instalarse en barrios apartados; el humo de sus chimeneas todo lo cubre de un velo negruzco y hace el aire insano; los gases que se desprenden con frecuencia dan un olor desagradable e infecto; en el interior, máquinas y hombres mugrientos, ropas y suelos grasientos, con restos de carbón, lubricantes, productos de la fabricación, desidia...

¿Qué diferencia lo que vemos en la naturaleza!

Mirad la remolacha que habéis visto en la fábrica. Se plantó como una débil mata de lechuga o de col; alzó sus hojillas y fué creciendo, transformándose en una mata con grandes y hermosas hojas. Poco a poco se ha ido desarrollando la raíz asomándose a la tierra con gozo del cultivador; luego se ha hecho voluminosa invitando con la plenitud de su fruto a recoger la cosecha anhelada.

El cultivador ha hecho el plantero, la ha trasplantado, limpiado, regado... ha hecho el cultivo de la planta. La planta es la que allí, en la soledad del campo, día y noche, ha ido varios meses absorbiendo los elementos con que ha crecido y formando en su organismo todos los elementos de las hojas, tallos y raíces. Allí se ha ido formando el jugo dulce del azúcar y se ha ido formando continuamente a la vista de todos, en la rusticidad de la raíz.

Esa planta es la verdadera fábrica de azúcar. Allí se hace el azúcar. Mirad qué instalación tan insignificante: una remolacha. Y produce un azúcar excelente, lo mismo que su vecina y la otra y la otra y todas las del bananal. Tres mil, veintemil... cincuenta mil fábricas... en un campo.

¿Con qué facilidad y con qué abundancia!

Allí no hay maquinaria, ni mecanismos aparatosos, ni almacenes, ni obreros ni humos ni grasas... Parece una quietud de muerte y se está haciendo el azúcar.

Contemplad la belleza de estas fábricas; mirad qué higiénicas, qué sanas son...

Es loco o soberbio necio el que no ve la maravilla de esta fábrica y no reconoce que funciona admirablemente y que una inteligencia soberana es quien la preside de continuo.

Pero su Autor, en el continuo alar-

Precios de suscripción de "EL ECO DE LA CRUZ" que rigen desde 1.º de enero de 1941

1 ejemplar	2 ptas.
2 "	3 "
3 "	4 "
4 "	5 "
5 "	6 "
10 "	10 "
100 "	100 "
500 "	400 "
1000 "	800 "

EL ECO DE LA CRUZ, con original propio en la cuarta plana es muy útil para "Hojas Parroquiales", "Asociaciones de Antiguos alumnos", "Boletines" de Patronatos, Juventudes,

* Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio:

Doña María Cerdán, Almonacid de la Sierra.

Superiora Preventorio. Cabezo Cortado, Zaragoza.

Superiora Amparo, Zaragoza.

Superiora del Manicomio Navarro. Pamplona.

Pilar Calatayud, Barcelona.

Isabel Sáez, Almansa.

Juan Regalado, Zaragoza.

Superiora Sta. Ana. Preventorio Cabezo Cortado, Zaragoza.

D. Mariano Villafranca, Zaragoza.

D. Mariano Mairal, Huesca.

HAN ABONADO su suscripción hasta la fecha que se indica, los señores siguientes:

Alfajarín. Bernardino Peralta. (1, III, 42).

Pamplona. Silvina Elcarte. (1, I, 42).

El Espino. T. y J. Elcarte. (1, I, 42).

Santander. Superiora Casa Caridad. (1, I, 42).

Alamós. RR. Oblatas. (1, I, 42).

Beni-Parrel. R. Solanas. (1, I, 42).

Estella. Loreta Araya

Canalijas. Graciano Alaez (1, I, 42).

Sevilla. Luisa Bassero.

Madrid. Berta Quintero. (1, I, 42).

Calatorao. Rvdo. José Marín (1, I, 42).

Bordaloa. M. Jesús Caballero. (1, I, 42).

Almansa. Isabel Sáez. (1, I, 42).

Huesca. D. Mariano Mairal, 1-1-42.

de creador que le denuncia, multiplica los tipos de fábricas de azúcar y les da una presentación la más variada y vistosa.

Mirad esas hermosas cerezas, aquella uva, la pera, el melón, la caña de azúcar, ¡qué lindas fábricas, encerradas en aparatos minúsculos!

Y a cada fábrica le pone además un aroma delicioso inimitable.

También el hombre pone en sus productos esencias y perfumes delicados que tiene que sacar de esas maravillas que Dios esparce con tanta prodigalidad en los frutales que llenan de hermosura el campo, que lo embalsaman y nos regala con sus frutos exquisitos.

JUAN DE LA CRUZ.

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana popular.

Ayuntamiento de Madrid